

ción (1), ¿qué nos restaba, pues, á no ser Prusia, esa Prusia vacilante, sí, pero más por las preocupaciones de su soberano que por la falsa característica de su gabinete; la Prusia, sin intereses opuestos á los nuestros, como que aún no poseía las provincias rhinianas, que estaba comprometida ya con nuestro sistema habiendo recibido de nosotros una multitud de bienes eclesiásticos; deseando con ardor que se le diesen más y dispuesta á aceptar tal cual conquista que para siempre la uniese á nuestra política?

Fué, pues, un grave error el ir á creer que, tratando con todas esas consideraciones al Austria, se la tendría por amiga verdadera y por bastante sujeta para que sin inconveniente se pudiese castigar ó desdeñar á la Prusia.

No incurrió Napoleón en esos desaciertos de Talleyrand; pero el odio que alimentaba de sus enemigos, los prodigiosos triunfos alcanzados con sus armas, y sobre todo, la pasión de dominar, que en él no reconocía ya límites, le aconsejaban otros no menos graves.

No provocó él al continente; al contrario, el continente fué el que vino á distraerle de su grande empresa contra la Inglaterra, declarándole la guerra. Los que comenzaron esa guerra y que fueron vencidos en ella, esos mismos, según él, debían soportar todas las consecuencias. Quería, por consiguiente, que el firmar la paz le produjera el complemento de la Italia, es decir, los Estados venecianos, entonces del dominio del Austria, y además la solución definitiva de las contiendas germanas en favor de sus aliados, los de Baviera, de Baden y de Wurtemberg.

Sobre esos dos puntos Napoleón se mostraba inexorable, y razón había para ello. Pedía Venecia, el Friul, Istria, la Dalmacia; en fin, la Italia hasta los Alpes Julianos, y el Adriático con ambas márgenes para por ese medio asegurarse una posición desde la cual estaría al alcance del imperio otomano. En cuanto á la Alemania, lo que desde luego quería era que el Austria volviese á sus fronteras naturales, al Inn y al Salza, despojarla del territorio que poseía en Suabia, conocido entonces con el nombre de AUSTRIA ANTERIOR, y territorio que la servía para inquietar á los Estados alemanes aliados de la Francia, y para hacer, cuando le daba la gana, sus preparativos militares sobre el alto Danubio. Aspiraba, pues, á privarla de las comunicaciones del Tirol con el lago de Constanza y la Suiza, es decir, del Vorarlberg. Y aun quería todavía arrancarla el Tirol, que le procu-

(1) Mal dicho, Sr. Thiers, y políticamente hablando, muy mal pensado. La grande época de Napoleón, sus más famosos hechos, están en los años que mandó teniendo á la pobre España ó como aliada ó como neutra. Si esa España, á pesar de su apartada posición de con el resto del continente, ó mejor por su posición casi aislada, hubiese entrado á parte con la Liga de un modo abiertamente hostil, es probable que las cosas habrían dado muy distintos resultados. Por muy débil que parezca un individuo, puesto á retaguardia siempre es de temer, y con que la España se hiciera observar por un ejército de cien mil franceses, bastaba para que el águila no se hubiese remontado tanto en los aires. Algo dice sobre este punto la guerra de los seis años en la Península, y ya veremos cómo lo ha estudiado Thiers. Por lo que hace á nuestra desorganización, excusado fuera pararse en busca de las causas: las conocen todos los españoles, existen hoy desde aquella triste época; nuestras lágrimas nos las arranca siempre al azote de una misma mano, de una mano impía y codiciosa que trabaja después de cien años en labrar nuestra ruina. (N. del T.)

raba la posesión de los Alpes y paso para la Italia siempre seguro; pero era muy difícil de obtener este último punto, porque sobre que el Austria estaba en posesión del Tirol después de tantos años, era uno de sus Estados más predilectos y de los que más se avenían con sus intereses. Eso era imponer al Austria una pérdida de cerca de cuatro millones de súbditos de entre los veinticuatro que contaba, y de quince millones de florines en sus ciento tres de rentas: sacrificios verdaderamente crueles.

Napoleón se proponía completar el patrimonio de los tres Estados alemanes que habían sido sus aliados (la Baviera, Baden y Wurtemberg) con lo que al Austria pensaba quitar en Alemania. Su intento era poder obrar en la Dieta por medio de esos tres Estados; tener paso abierto para el Danubio y hacer ver de un modo ruidoso que su alianza era muy ventajosa para los que la abrazaban.

De ese modo quería él resolver en favor de esos príncipes aliados la cuestión de la nobleza intermedia, nobleza que les suscitaba no pocos enemigos y era preciso abolir; resolver igualmente todas las contiendas del domicilio feudal suprimiendo la multitud de sus derechos, tan tiranos, tan onerosos para los Estados alemanes.

Quería, en fin, poner de su parte á los tres príncipes de la Alemania meridional, no solamente por medio de dádivas, sino también con los vínculos del parentesco. Había menester de príncipes y de princesas para unirlos con miembros de su dinastía, y contaba hallarlos en la Alemania, reuniendo así á la ventaja del establecimiento de principados, la influencia de los vínculos de familia. Era muy amante del príncipe Eugenio de Beauharnais; le había hecho virrey de Italia, y pensaba casarle con la hija del elector de Baviera, princesa de nobles prendas y digna del esposo que se le destinaba. Napoleón reservaba la mayor parte de los despojos del Austria para la Baviera, porque así lo pedían la situación y los riesgos á que estaba expuesto ese electorado, y entendió por dote del príncipe francés la parte de aquellos despojos. Pero estaba prometida la mano de la princesa Augusta al heredero de Baden, y su madre la electora de Baviera, enemiga implacable de la Francia, argüía con ese compromiso para rechazar un casamiento que su corazón detestaba. El general Thiard, íntimamente relacionado con las cortes de los principados alemanes desde que se le vió en el partido de Condé siguiendo sus banderas, fué despachado á Munich y á Baden para allanar los obstáculos que se oponían á los enlaces proyectados (2). Ese militar, medianero tan

(2) El conde de Thiard no fué á Munich, sino á Carlsruhe, para ofrecer al elector la mano de Estefanía Beauharnais, como se lo mandó Napoleón al día siguiente de la batalla de Austerlitz. Entendió además en los primeros ratos del casamiento de Jerónimo Bonaparte con la princesa Catalina; pero eso fué porque estando en Stuttgart, el primer ministro salió convidándole con ese enlace, de cuya propuesta avisó á Napoleón, que quiso pagarle ese servicio con la plaza de jefe de su guardarropa, en reemplazo de Mr. de Remusat; pero Thiard no la admitió. Fué la misma Josefina la que en Munich removió los obstáculos que se oponían al enlace de su hijo con Augusta Amelia, ganando á fuerza de dones y de contemplaciones á la servidumbre de esa princesa, entre otras la llamada baronesa de Wurmb, su camarera, que venció la inclinación de su ama en favor de Eugenio. (N. del T.)

astuto, se fué á servir de la condesa de Hochberg, casada secretamente con el elector reinante de Baden (1), y que tenía necesidad de la Francia para el reconocimiento de sus hijos, la cual tuvo la necesaria influencia para obtener de aquella corte un paso no poco delicado, el desistimiento de la mano de la princesa Augusta de Baviera. Tras semejante resultado, ningún pretexto quedó ya al elector de esa corte ni á su esposa para rehusar su consentimiento á una conveniencia que les llevaba en dote el Tirol con una parte de la Suabia.

Y no solamente en ese enlace con las casas alemanas pensó Napoleón, sino que habiendo arrebatado al heredero de Baden la princesa Augusta de Baviera, pretende casarle con Estefanía de Beauharnais, señorita colmada de gracias y de talentos, y que él quería crear princesa imperial. El general Thiard fué el encargado de negociar esa unión. En una palabra, tenía el anciano duque de Wurtemberg una hija, la princesa Catalina, cuyas nobles prendas en el infortunio cobraron mayor brillo, y Napoleón deseaba hacerla esposa de su hermano Jerónimo; pero los vínculos que ese príncipe había contraído en América (2) sin el asenso de su familia eran un obstáculo imposible de vencer por entonces. Era, pues, preciso esperar á que con el tiempo se cumpliera ese enlace. Sobre el aumento de territorio que Napoleón se propuso dar á las casas de Baviera, de Wurtemberg y de Baden, todavía quería ponerles el título de reinos, conservándoles el lugar que ocupaban en la confederación germánica.

Ahí están las ventajas que Napoleón entendía sacar de sus últimos triunfos. El exigir la Italia toda entera, nada tenía de extraño ni de inconsecuente. Buscar en las posesiones que en la Suabia tenía el Austria medios con que agrandar los Estados de sus aliados, era un pensamiento acertado, pues que se le encerraba al Austria tras del Inn, y la alianza de la Francia quedaba de una utilidad manifiesta. Quitar al Austria Vorarlberg para dársela á la Baviera, también era medida muy prudente, porque así se la separaba de Suiza. Mas arrebatárle el Tirol, aun cuando no dejara de ser una buena combinación por lo que hace á la Italia, no podía dejar de herirla en lo más profundo de su corazón, despertando resentimientos implacables; era revolver en ella un despojo, cuya explosión no dejaría de estallar más ó menos tarde; era por lo mismo condenarse más que nunca á una política mesurada, diestra para descubrir y conservar alianzas, ya que á la principal potencia del continente se le forzaba á una enemistad irreconciliable. El resolver la cuestión de la nobleza intermedia y otras correspondientes al feudalismo podía ser una simplificación útil, relativamente á la organización interior de la Alemania; pero el tan extraordinario engrandecimiento de los príncipes de Baviera, de Ba-

(1) ¿No serían las relaciones de esa condesa con Carlos Federico algo más ilícitas, si acaso tales relaciones existieron? Decimoslo por verla legalmente casada con el conde de Hochberg, puesto de capitán general de las armas badenses por el sucesor de aquel elector que se dice su sobrino, esto es, sobrino del conde. (N. del T.)

(2) En Nueva York, en 1803, se casó con la señorita Pater-son, hija de un rico comerciante de Baltimore. Napoleón hizo anular ese casamiento so pretexto de haberle hecho su hermano siendo menor de edad y sin el consentimiento requerido. (N. del T.)

den y de Wurtemberg, y el vincularlos con la Francia hasta el punto de que la Alemania debiera recelar de ellos, era crearles una posición falsa, de la cual querían salir un día revolviéndose contra su protector; era buscarse enemigos en todos los demás príncipes alemanes no favorecidos; era otro nuevo insulto al Austria, sobre los tantos que bajo otros títulos se le habían hecho; era, y esto es lo más de sentir, dar enojos á la misma Prusia; era, en fin, entrometerse en los asuntos de la Alemania más de lo que convenía. Napoleón hubiera debido tener muy presente que Stuttgart no le abrió sus puertas hasta que vió que la artillería francesa iba á derribárselas; que en aquel mismo instante aún, le era menester servirse de una mujer extranjera para obtener un matrimonio en Baden y arrancar casi por fuerza al elector de Baviera su hija, cuya mano no pudo obtenerse sino presentando en una mano las llaves del Tirol y en la otra la espada de la Francia.

Se ve, pues, que Napoleón iba mucho más allá de lo que pedía la política francesa en Alemania, contratando aliados demasiado desinteresados en el sistema alemán y muy poco seguros por lo falso de la posición que se les hacía. Pero no es fácil la moderación después del triunfo; era además un monarca nuevo, un excelente jefe de familia, y deseaba alianzas y enlaces.

Esas fueron las máximas que sirvieron de base á las instrucciones comunicadas á Mr. de Talleyrand para el ajuste de la negociación abierta con MM. de Giulay y Linchtenstein; con más la condición de exigir cien millones de francos destinados á dotar, no solamente á los oficiales de toda graduación, sí que también á los hijos y á las viudas de los que habían muerto en el campo de batalla, porque Napoleón quería á su ejército tanto como podía querer á sus hermanos y demás parientes. En horas, por decirlo así, concluyó tres tratados de alianza con Baden, Wurtemberg y la Baviera. A Baden se le dieron el Ortenau y una parte del Brisgau y varias poblaciones á orillas del lago de Constanza, es decir, ciento trece mil habitantes, ó sea el cuatro tanto más de lo que antes eran sus Estados. La casa de Wurtemberg tuvo el resto de Brisgau y una parte harto notable de la Suabia; esto es, ciento ochenta y tres mil habitantes, que representaban un aumento de más de la cuarta parte y ponía aquel principado en cerca de un millón de súbditos. Agregó, en fin, á la Baviera el Vorarlberg, los obispados de Eichstaedt y de Passau, cedidos recientemente al elector de Salzburgo, toda la Suabia austriaca, la ciudad y el obispado de Augsburgo; en todo un millón de habitantes, con lo cual componía la Baviera tres millones, agrandando sus posesiones en una tercera parte más. El curso de las negociaciones con el Austria todavía no permitía hablar del Tirol.

Se les invistió además á esos príncipes de toda suerte de atribuciones sobre la nobleza inmediata, emancipándoles al mismo tiempo de las cargas feudales con que el emperador de Alemania pretendía gravar ciertos puntos de su respectivo territorio.

Como el elector de Baden saliese rehusando modestamente el título de rey por considerarle incompatible con la escasez de sus rentas, dejésele su título de elector, dando inmediatamente el de rey á los electores de Baviera y de Wurtemberg. Respondieron esos tres prin-

cipes á los beneficios que se les acababa de hacer con el formal empeño de hacer la guerra conjuntamente con la Francia, en cuantas ocasiones tuviese que sustentarla esta potencia para defender su estado actual y el que le resultase del pacto que estaba ajustando con el Austria. Empeñábase la Francia por su parte en hacer igualmente armas contra quienquiera que tratase de atentar contra la nueva situación en que aquellos tres aliados quedaban colocados.

Se firmaron esos tratados el 10, el 12 y el 20 de diciembre, y llevólos consigo el general Thiard, pasando á negociar los enlaces proyectados.

De manera que de antemano y sin previo ajuste con el Austria, se dispuso de una parte de los Estados de esa potencia, mereciendo poca ó ninguna atención las consecuencias de un tal proceder.

Luego que Napoleón hubo cuidado con esmero del alivio de sus heridos, despachando para Viena aquellos cuyo estado permitía semejante disposición; en cuanto vió también que ya iban camino de Francia los prisioneros, los cañones y demás trofeos quitados al enemigo, se ausentó de Brun, dejando á Mr. de Talleyrand el cargo de discutir y arreglar con MM. de Giulay y de Lichtenstein las condiciones convenidas. Deseaba verse cuanto antes en Viena para tener una larga conferencia con Mr. Haugwitz, á ver si en ella llegaba á penetrar todos los secretos de la Prusia.

Al momento entró Mr. de Talleyrand en contestaciones con los plenipotenciarios del Austria. Cuando éstos llegaron á conocer las pretensiones del ministro francés, sin rebozo las declararon exageradas, y con todo aún no se les hablaba del Tirol, si sólo del deseo de apartar el Austria de la Italia y la Suiza, para cortar de una vez todo germen de rivalidad y de guerra.

MM. de Lichtenstein y de Giulay expusieron por su parte las condiciones con las cuales se conformaría el Austria, la cual veía demasiado claramente que se la quería despojar de los Estados venecianos, de las posesiones que tenía en Suabia y las pretensiones pendientes entre el Imperio y los príncipes alemanes, y por tanto consentía en ceder Venecia y la tierra firme hasta el Isonzo; pero quería guardar Istria, Albania y obtener Ragusa como conductos necesarios á la Hungría para la salida de sus producciones. Eran por otra parte esos puntos los últimos restos de las adquisiciones hechas bajo el poder del emperador actual, é interesaba á su amor propio el conservarlos.

Por lo que hace al Tirol, el Austria se mostraba casi dispuesta á abandonarle con que se le traspasase al elector actual de Salzburgo, el archiduque Fernando, á quien se le había dado en 1803 el obispado de Salzburgo y el prebostazgo de Berchtolsgraden en remuneración de la Toscana; y en cambio se le dejase á ella Salzburgo y Berchtolsgraden, concediendo además á ese mismo archiduque, como dependencia del Tirol, el Vorarlberg, Lindau y las riberas del lago de Constanza.

Ese acomodo habría procurado al Austria la posesión de Salzburgo y el tener el Tirol y el Vorarlberg en la persona de uno de sus archiduques.

Y por último, consentía el Austria en ceder sus posesiones de la Suabia, con más el Ortenau, el Brisgau y los obispados de Eichstaedt y de Passau; pero pedía para los príncipes de su casa, á quienes se les despoja-

ba de esas posesiones, una inmensa retribución, una retribución que habrá de parecer sumamente peregrina y probar el contraste de los sentimientos que animaban entonces á los miembros de la coalición: pedía, pues, nada menos que Hannóver.

De modo que ese patrimonio del rey de Inglaterra, causa de tantos dicerios contra Napoleón porque convidaba con él á la Prusia, causa de no menos denuetos contra esta potencia porque le aceptaba de Napoleón; patrimonio, en fin, que la misma Rusia acababa de ofrecer á la Prusia con el objeto de atraerla á la guerra contra la Francia, le demandaba ahora el Austria para un archiduque.

No se dió Talleyrand por sentido oyendo tales deseos, antes les escuchó con no poca satisfacción, y prometió ponerlos en conocimiento de su soberano.

En una palabra, por lo relativo á la contribución de cien millones, el Austria se declaraba en la imposibilidad de poder satisfacer ni aun diez: tan exhausta de recursos estaba; pero ofrecía en cambio de aquella suma el inmenso material de armas y de municiones de toda suerte existente en los Estados venecianos, material que con pleno derecho hubiera podido sacar de allí en no habiendo estipulado la renuncia.

Después de tres ó cuatro días de debates harto acalorados, y como en ambas partes existiera el deseo de cerrar cuanto antes la negociación, se convino en que el príncipe de Lichtenstein pasaría al palacio de Holitsch para pedir al emperador nuevas instrucciones, no dando las primeras la facultad competente para aceptar los sacrificios que Napoleón exigía. Mr. de Talleyrand debía esperar en Brun el retorno de aquel plenipotenciario. Esa pérdida de tiempo era un mal para el Austria, porque lo que estaba pasando en Viena entre Napoleón y Mr. de Haugwitz, iba á empeorar muy mucho su situación.

Talleyrand, que día por día tenía á su soberano al corriente de todo cuanto se adelantaba, avisóle por último que se creía todavía muy distante de terminar las negociaciones con los plenipotenciarios austriacos; y semejante resistencia, que podía tomar un carácter mucho más grave si acaso llegara á complicarse con la que por su parte opusiera la Prusia, ponía á Napoleón de muy mal humor. Los archiduques andaban ya con cien mil hombres á las cercanías de Presburgo; las tropas prusianas se iban reuniendo en Sajonia y en Franconia; los anglo-rusos avanzaban hacia el Hannóver; circunstancias que en manera ninguna sobrecogían al vencedor de Austerlitz, dispuesto, siendo menester, á arrollar á los archiduques á las puertas de Presburgo y á caer en seguida contra la Prusia por la Bohemia; pero eso era volver á emprenderla de nuevo contra toda la Europa unida, empeño peligroso en el cual no se debía entrar por el de algunas leguas más ó menos en el alcance del territorio. Aun cuando Napoleón se mirara colocado en la línea de un vencedor prepotente, todavía estaba en su deber el conducirse como un hábil político, y máxime relativamente á la Prusia, porque valiéndose del terror en que esa potencia había caído tras los últimos acontecimientos de la guerra, fácil era arrancarla de con la liga, ponerla de parte de la Francia y añadir á las palmas de Austerlitz un triunfo diplomático no menos decisivo. Esa fué la causa para que Napoleón apeteciese ver y hablar á Mr. de Haugwitz.

Ese plenipotenciario prusiano que venía encargado de imponer condiciones á Napoleón bajo la falsa apariencia de una mediación oficiosa, se iba á encontrar ahora con el vencedor, con el soberano señor de casi toda la Europa. Sin duda que con carácter, con unión y con perseverancia, todavía era posible resistir á las pretensiones del emperador de los franceses; pero la Rusia acababa de caer desde el orgullo más delirante en el más profundo desaliento; el Austria estaba postrada á los pies del vencedor, la Prusia se llenaba de espanto ante la sola idea de la guerra, y á más de eso, como los aliados desconfiaban unos de otros, mantenían entre ellos muy pocas relaciones. Mr. de Haugwitz no se trataba sino con la legación francesa, en donde se le veía continuamente y llevando la lisonja hasta el punto de vestir diariamente el gran cordón de la Legión de Honor (1) y de ponderar admirado la batalla de Austerlitz, los talentos de Napoleón, con todo de agitarle interiormente una profundísima inquietud al pensar cuál sería el modo con que le recibiría aquel soberano.

Napoleón llegó á Viena el 13 de diciembre, hizo que se comunicara su llegada á Mr. de Haugwitz, ofreciéndole una audiencia para aquella misma tarde en el palacio de Schoenbrun y gabinete de María Teresa. Todavía ignoraba Napoleón gran parte de lo que se había tratado en Potsdam; pero, sin embargo, ya sabía mucho más de lo sabido cuando la entrevista que tuvo con Mr. de Haugwitz la víspera de la batalla de Austerlitz. Conocía la existencia de un tratado firmado el 3 de noviembre y por el cual la Prusia quedaba eventualmente comprometida con la coalición. Napoleón era de un genio pronto y se acaloraba con facilidad; pero también sabía simular en muchas ocasiones un enojo que realmente no existía en su interior. Apeteciendo esta vez intimidar á su interlocutor, salió representándole con airada violencia de que un Mr. de Haugwitz, el ministro amante de la paz, el que había fundado su mayor gloria en el sistema de la neutralidad, el que fué hasta querer convertir esa neutralidad en un proyecto de alianza con la Francia, hubiese al cabo incurrido en la debilidad de asociarse á la Rusia y al Austria en Potsdam, ajustando con esas potencias pactos que forzosamente le habían de traer á la guerra. Quejose con aspereza de la solapa del gobierno prusiano, de la inconsecuencia de su rey, del imperio mujeril en la corte, dando á entender á Mr. de Haugwitz que desembarazado, como se veía ya, de los enemigos que le habían provocado, en el caso estaba de tratar á la Prusia conforme se lo pidiera la voluntad. Y luego añadió con tono sumamente imperioso: «¿Qué es al cabo lo que pretende el gabinete prusiano?.. ¿Cuál sistema cuenta seguir?..» quedándose como en espera de una respuesta completa, categórica é inmediata á todas esas cuestiones.

Mr. de Haugwitz se sintió tal cual turbado al principio; pero no tardó en rehacerse, porque era hombre de tanta presencia de ánimo cuanto tenía de entendido. De entre el bramido de esa nube airada todavía alcanzó él á ver que Napoleón deseaba interiormente el medio de un acomodo, y que si salía rompiendo al instante los compromisos contraídos con la coalición, ese vencedor,

tan furioso en la apariencia, sin dificultad alguna se aplacaría.

Así, Mr. de Haugwitz entró en explicaciones estudiadas, especiosas, amigables, exponiendo las circunstancias que habían vencido y comprometido á la Prusia, y acusando en términos muy mesurados á los que, por su demasiada debilidad, se dejaron llevar de causas puramente accidentales hasta el punto de apartarse del verdadero sistema que convenía á su país; tras lo cual dió á entender harto claramente que si Napoleón quisiera, todo podía enmendarse al instante, y aun con la ventaja de una alianza tantas veces proyectada y nunca ajustada, por prenda segura é instantánea de una reconciliación inmediata.

Napoleón, que de hito á hito estaba mirando á Mr. de Haugwitz cual si leyera en lo más recóndito de su alma, llegó á reconocer que los prusianos nada deseaban tanto como acomodarse con él, apartándose de la liga. Tras los tantos descalabros causados ya á la Europa, ahora encuentra de su gusto un rasgo de la más profunda socarronería, cual fué salir convidando á Mr. de Haugwitz con el mismo proyecto que Duroc había propuesto en Berlín; es decir, la alianza formal de la Prusia con la Francia, con la condición de que el Hannóver sería para aquella potencia, como siempre se le había dicho. Eso era en verdad tentar demasiado el honor del gabinete prusiano, pues que á peso de oro, por decirlo así, se le proponía el abandono de los compromisos recientemente jurados sobre los manes de Federico el Grande, exigiendo que después de haber hecho traición á la Francia en Potsdam, uniéndose á la Europa, desertase ahora en Viena la causa de la Europa uniéndose á la Francia. Así, Napoleón no vaciló un instante en proponer ese medio de transacción á Mr. de Haugwitz, fija siempre su vista en el semblante de ese plenipotenciario para leer mejor sus afectos.

Pero el ministro prusiano no se mostró ni indignado ni sorprendido, antes sumamente satisfecho en ver que podía volver á Berlín, llevando de Viena, en lugar de una declaración de guerra, el Hannóver con la alianza de la Francia, que era su sistema favorito. Es de observar en descargo de Mr. de Haugwitz, que había salido éste de su corte cuando todo el mundo se saboreaba con la esperanza de que Napoleón no podría llegar á Viena; y que con todo de entrar á parte de esas creencias, así el duque de Brunswick como el mariscal de Mollendorf, todavía le habían confesado cuánto eran de temer las consecuencias de una guerra con la Francia, insistiendo en que no se declarase antes de fines de diciembre. Mas como Napoleón había ocupado Viena y arrollado las armas de la liga en Austerlitz no estando aún sino á 13 de aquel mes, con fundamento pudo temer Mr. de Haugwitz que Napoleón, victorioso, se echase repentinamente á través de la Bohemia, para caer con la velocidad del relámpago sobre las puertas de Berlín. Fué por lo tanto sobrado dichoso triunfando de una situación que parecía no deber producir sino un desastre. En cuanto á la lealtad con respecto á sus aliados, nada hizo sino tratarlos como unos á otros se trataban; á más de que si reprehensible pudo ser su conducta en Viena, la culpa no fué suya, sino de aquellos que en su ausencia metieron á la Prusia en un callejón sin salida. Así, pues, sin levantar mano aceptó la oferta de Napoleón.

(1) Talleyrand es el que refiere esa particularidad en uno de sus pliegos dirigidos á Napoleón. (N. del A.)